



DIDACTICA GEOGRAFICA

N.º 4 - Noviembre 1979

CONSEJO DE REDACCION

Alfredo Alonso-Ayende Yohn
Francisco Calvo García-Tornel
José Manuel Casas Torres
Pedro Chico y Rello /
Alfredo Floristán Samanes /
Francisco López Bermúdez /
Rodolfo Núñez de las Cuevas /
Isidoro Reverte Salinas /
Antonio Serna Serna /
Luis Solé Sabarís /
Manuel de Terán Alvarez /
Juan Torres Fontes /
José M.^a Torroja Menéndez /
Juan Vilá Valentí /

DIRECTOR: Pedro Plans

SECRETARIOS DE REDACCION:

José Luis Andrés Sarasa
José M.^a Sancho Pinilla

SUMARIO

- Claudio Sánchez Albornoz: *Las claves de nuestro tiempo* pág. 3
- M. Long y B. S. Roberson: *El uso de las fotografías en la enseñanza de la Geografía* pág. 19
- José M.^a Sancho Pinilla y Nicolás Martínez Valcárcel: *Desarrollo de un tema de EGB: La representación de la superficie terrestre* pág. 35
- Víctor Hoz: *Para la educación en una sociedad pluralista: la escuela autónoma.* pág. 51
- Historia del pensamiento geográfico:
- Paul Vidal de la Blache: *Los caracteres distintivos de la Geografía* pág. 57
- Materiales didácticos y bibliografía:
- Agustín Albarracín: *Santiago Ramón y Cajal o la pasión de España* pág. 69
- Colin Clark: *El aumento de la población* pág. 71

La revista DIDACTICA GEOGRAFICA se propone la publicación de textos que faciliten información y orientaciones útiles al profesorado, sin que necesariamente se compartan los puntos de vista del autor.

Dirección postal: Secretariado de Publicaciones, Universidad de Murcia (España).

Suscripción anual (España), 350 ptas.

Suscripción anual extranjero (incluidos portes), 450 ptas.

Nogués. Murcia. Platería, 39.-1979

ISSN 0210 - 492X

Depósito Legal MU 288.-1977



Las claves de nuestro tiempo

Claudio Sánchez Albornoz

Es un honor para la revista abrir este número con un artículo del insigne profesor español Dr. Claudio Sánchez Albornoz. Aunque DIDACTICA GEOGRAFICA vaya dirigida en primer término a profesionales de nuestra disciplina, no sería correcto olvidar que los conocimientos históricos constituyen una faceta de la formación imprescindible al geógrafo. La Geografía es, ante todo, conocimiento de lo actual, pero los hechos geográficos representan siempre eslabones de una larga cadena. Y si el presente se explica, en cierta manera, por el pasado, convendrá, a veces, dar cabida en esta publicación a estudios de índole histórica.

Nos complace recordar a los lectores que Claudio Sánchez Albornoz nació en Avila (1893). En el año 1918 ocupó la cátedra de Historia de España en la Universidad de Barcelona y más tarde la de Historia Antigua y Media en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Fue Rector de la llamada entonces Universidad Central, Diputado a Cortes, y Ministro de Estado (hoy Asuntos Exteriores) en uno de los gobiernos de la II República. Más tarde se le nombró Embajador en Portugal (1936). Desde el año 1940 reside en la Argentina. Enseñó Historia medieval en la Universidad de Cuyo (1941-42), y a partir de 1943 preside el Instituto Argentino de Cultura Hispánica (Buenos Aires).

El profesor Sánchez Albornoz es una de las personalidades más representativas de la moderna historiografía española. En sus estudios atribuye gran valor al conocimiento de las instituciones económicas y sociales del medioevo. Dotado de grandes cualidades como investigador crítico, se distingue, además, por una singular brillantez y agilidad en la exposición. Destaca por sus concepciones y puntos de vista originales sobre la Historia. Las publicaciones de Sánchez Albornoz acerca de las monarquías asturiana y leonesa son fundamentales para el conocimiento de nuestra Alta Edad Media. Ha trabajado ampliamente en el ámbito de la Reconquista, a través de fuentes cristianas y musulmanas. Una parte de su extensa producción científica se refiere a la historia e instituciones de visigodos, musulmanes y judíos.

Su profundo conocimiento del acontecer histórico, y la riquísima experiencia por él acumulada en los más diversos aspectos, hacen que este análisis acerca de "Las claves de nuestro tiempo" constituya un testimonio de gran valor; en el plano del saber histórico, y también por lo que respecta a los valores humanos y del espíritu.

En todos los tiempos han regido la vida colectiva ciertos problemas humanos. Han ido ellos sucediéndose y cambiando con el correr de los siglos y aun de los años, porque todo es transitorio en este mundo de tejas abajo. Mentes lúcidas han ido captando las fuerzas y las cuestiones que en cada época han constituido las que hemos llamado claves de la vida humana. Ahí está la historia registrando los magnos escrutadores de las fuerzas motrices de cada tiempo y de sus proyecciones fácticas. Pero, quizá, nunca como hoy los hombres han sentido

con tanta acuidad el enjambre de cuestiones decisivas para el acaecer común. Y acaso nunca han sido tan complejas como hoy las claves de la vida de la humanidad. Los gigantes triunfos de la técnica, de una parte, y la aceleración del tiempo histórico, de la otra, han contribuido sin duda a esa hipertrofia. Ni aún después de los avances del conocimiento de la naturaleza, realizados en los siglos anteriores a la gran explosión científica a que asistimos, se habrían podido sospechar las revolucionarias constataciones y descubrimientos que hemos presenciado los hombres de hoy. Los grandes inventos del siglo XIX y de las primeras décadas de éste, parecen casi juegos de niños ante los, hasta ayer, no imaginables viajes a la Luna y exploraciones en Marte y ante tantas y tantas novedades como ahora nos deslumbran; novedades que han ido poco a poco enturbiando, primero, y cegando después nuestra capacidad de admiración.

Una de las claves de nuestro tiempo es esa proclividad general a esperar, impávidos, cada día una noticia que mañana revolucionará un aspecto de la existencia humana. Podríamos decir que el hombre ha ido perdiendo su potencial antañona seguridad tradicional en los ejes milenarios de su existencia para vivir en acecho ante un futuro no sólo archisorpriente, sino amenazante. Amenazante no sólo por el relampaguear de lo imprevisto, sino incluso por una especie de temor a ese imprevisto.

De la añorante esperanza en un mañana mejor por obra de la técnica, empezó a pasarse a un subconsciente temor ante nuestra posible fascinación por nuevas e imprevisibles creaciones científicas que nos deshumanicen. Y se empieza a pensar en salir a campaña contra la esclavización —se emplea incluso esa pa-

labra— del hombre por sus propios y maravillosos hallazgos. Se empieza a pensar en la precisión de emprender cruzadas para liberar a la humanidad de su posible cautiverio. ¿No llegaremos, nuevos Quijotes, a repetir en proporciones gigantescas la aventura del Caballero de la Triste Figura contra los molinos de viento? Si así fuera, no nos dejaríamos arrastrar por una crisis de locura, sino para evitar que nos dominaran los locos triunfos de la técnica. ¿Podría alguien pensar en una gigantesca reproducción del cuento del aprendiz de brujo? ¿Habríamos puesto en movimiento fuerzas que no podríamos al cabo dominar? Es decir, fuerzas que llegasen a deshumanizar al hombre, transformándole en un maravilloso robot; en un ser que habría derrochado los maravillosos privilegios por él alcanzados en el curso proceloso de la historia: su plena libertad espiritual, vertida en la serie de libertades jurídicas y fácticas que han constituido, y constituyen aún, la meta del vivir humano, libertades que empiezan a perderse en no pocas comunidades nacionales y que se han perdido ya en otras muchas.

Muchos asisten ciegos e impávidos a las novedades que presenciamos cada día, dominados por el asombro y sin calcular los peligros que puede provocar el cautiverio del hombre por las proyecciones sociales y políticas de la de otra parte magnífica eclosión de la técnica. Muchos se *regodean* incluso pensando que esos triunfos expulsarán definitivamente a Dios de nuestra existencia. Olvidan que la ciencia capta, sí, maravillas que ayudan a debelar los misterios del mundo y de la vida. Pero cuya *última ratio* continúa incógnita, pues no son sino teorías incomprobables las que lucubra el hombre para aclarar esos grandes arcanos; no son sino juegos fantásticos del intelecto que semejan des-

lumbrantes fuegos de artificio, tan bellos como fugaces.

No tengo ninguna autoridad para prevenir a mis contemporáneos de la necesidad de salvaguardar los derechos del espíritu humano frente a su amenazada esclavización por las maravillas de las máquinas que él mismo ha inventado. Que nadie olvide, que no olviden especialmente quienes las manejan, que son nuestras propias creaciones y que sólo dirigidas por cerebros de hombres pueden rendir los frutos que de ellas cabe esperar. Que son auxiliares de nuestra potencia vital y espiritual. San Juan de la Cruz dijo hace cuatro siglos: "Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo". Un solo pensamiento del hombre podríamos decir, parodiándole, vale más que todas las máquinas por el hombre creadas para su comodidad y su servicio. Evitemos caer en el papanatismo de rendirlas homenaje.

* * *

¿Escandalizaré si digo que me parecen los hallazgos, inventos y creaciones humanas, como generosas concesiones gratuitas del Altísimo a los hombres, para facilitar su eterno avance en la espiral de la historia? ¿Generosas concesiones de la divinidad para facilitar la continuidad de la divina creación? Sí; el hombre ha ido probablemente avanzando de la mano de Dios hacia su plenitud, muy lejos de ser lograda aún.

Repito aquí las ideas que desarrollé hace años al meditar sobre "El sentido de la Historia". Califiqué a ésta como última página de la aventura creadora de Dios. Concesiones de ésta al ser de excepción creado a su imagen y semejanza, han ido siendo los sucesivos hallaz-

gos del hombre, durante milenios y milenios; hallazgos prodigiosos que empezaron antes de la invención del fuego y que no terminarán con las prodigiosas sondas espaciales que nos asombran hoy.

Pero una interrogación me viene a las mientes. En la avanzada ruptura del techo del mundo, ¿hay, empero, a la par una maravillosa aventura científica en busca de las claves misteriosas de la vida, pero, a la par una consciente muestra del poder con ocasión de la drástica pugna actual entre las dos superpotencias de estos años? Probablemente sí; probablemente a la hora de hoy se cruzan y entrecruzan, en verdad, aventuras científicas y políticas. Ahora bien, esa ha sido siempre, a lo que creo, la clave de la historia.

¿No será posible escudriñar detrás de la mayor parte de los inventos del ayer la búsqueda de una senda para la dominación bélica de los pueblos vecinos o a lo menos para el logro de la supervivencia nacional en un juego político difícil? No me siento capaz de descubrir ese juego de fuerzas en el milenario alentar del hombre sobre la tierra. Gran tema para un gran libro; para un libro difícil pero fascinante. Apunto la idea porque me parece fecunda. Creo que en el hombre se han combinado, si no siempre, con frecuencia, la búsqueda de la superación de la técnica al uso con una finalidad sociopolítica. Sí; creo que muchas veces han resonado juntos en la mente humana dos aldabonazos, si no sincrónicos, más o menos estrechamente enlazados.

El Viking excavaba en Marte en busca de las claves misteriosas de la vida. ¿Quién no se habrá emocionado ante esa maravillosa empresa científica? Pero a la postre, ¿no trabajaba

sin duda también para mostrar a los científicos rusos, y con ellos a la inmensa potencia que es Rusia, la fuerza de las posibilidades técnicas de los Estados Unidos?

Si antes he disparado contra la esclavización del hombre por sus máquinas, criaturas suyas y siempre obedientes a sus órdenes, el deslizamiento ahora apuntado conduce en línea recta al problema que la historia constituye en orden al descubrimiento de las claves del mundo.

* * *

Todo es historia en la vida de la humanidad. En ella, se cruzan y entrecruzan los problemas científicos y técnicos con los que podríamos llamar socioeconómicos y sociopolíticos. Todo es historia; tanto las creaciones de los sabios o de los filósofos como las hazañas de los capitanes. En la historia se cruzan y entrecruzan el asalto al átomo y la ruptura del techo del mundo, con los conflictos bélicos y las crisis financieras más dispares. Todo es historia en la vida del hombre sobre la tierra. No es, por ello, lícito prescindir de los análisis históricos al estudiar las claves de nuestro tiempo. Quizá cabría decir que es imperioso y previo el conocimiento de los avatares históricos que precisamente han llevado a la forja de la sociedad cuyas entrañas se intenta conocer. Si no se quiere aceptar que la historia es maestra de la vida —por tal la tengo yo— no cabe negar que está ahí empujándonos hacia un misterioso mañana.

Magnífica aventura la del hombre en la historia. Le vemos avanzar hacia el dominio del mundo y de sí mismo. ¡Avanzar hacia su integral autocontrol! tras señorear la tierra. ¡Qué maravillosa navegación la del hombre! Con

rumbo hacia su liberación de la tiranía de sus taras ancestrales y hacia la conquista de su libertad política, económica y social. Vuelvo a remitir a mis páginas sobre "El sentido de la Historia". El hombre no ha avanzado en línea recta, sino en espiral, pero ha avanzado siempre. ¡Cuántas miserias y dolores ha padecido en esa multimilenaria singladura! He dicho y repetido que la Historia es la hazaña de la libertad, y la libertad la hazaña de la Historia. Que el hombre ha podido tener historia, es decir, avanzar, avanzar, avanzar hacia un mañana mejor, porque *a natura* fue dotado por Dios de libertad. Y que su avance zigzagueante ha ido alcanzando la libertad integral: la libertad de pensamiento, la libertad de acción, la libertad política, la libertad de la miseria y del dolor. Que nadie se engañe pensando que está cercano el fin de la navegación multimilenaria —repite el calificativo—. El hombre lucha aún y luchará por los siglos de los siglos para alcanzar lo que, para entendernos, podríamos llamar tal vez un nivel angélico. No obstante, la gigantesca ruta recorrida está aún atenazada por miserias y dolores físicos y psíquicos. Pero los historiadores sabemos bien lo formidable del esfuerzo realizado por nuestros abuelos para llegar desde el Paleolítico Inferior hasta las horas de hoy, en que vivimos —aunque todavía minoritariamente— en un régimen demoliberal y socializante, y hemos llegado a la Luna y roto el techo del mundo. ¿Quién se atreverá a vacilar sobre lo maravilloso de la senda recorrida? Aún nos queda, empero, largo camino para llegar al logro de la libertad, la igualdad y la fraternidad plenas; metas últimas del existir humano.

Los comunistas hablan del seguro fin de la historia cuando el comunismo triunfe en el mundo; eso creía ya Marx hace más de un

siglo. Corto plazo, se dirá acaso por muchos, para el cumplimiento de su profecía. Pero el caso es que, razonando serenamente sobre la base del ayer multimilenario del hombre, parece imposible que se interrumpa el eterno fluir y cambiar de la historia con el triunfo de un régimen político-social como el victorioso en los países esclavizados tras la cortina de hierro. El creerlo así, si se afirma con sinceridad una firme fe y no se finge una creencia aventurada con fines políticos, el creerlo así, repito, implica un desconocimiento del hombre y de la vida histórica.

Ha sido éste por milenios el eterno avance a través de períodos luminosos y sombríos en la gigantesca espiral que ha constituido el pasado de la humanidad. Antaño, recalqué así el continuo caminar hacia un mañana mejor incluso en las épocas menos sonrientes del ayer. "En las entrañas de la época cesárea, bajo las sombras del Imperio Romano, se produce uno de los avances más trascendentales que la humanidad ha conocido: el trueque del siervo ercolono. De las rudas horas de la Edad Media nace la luz de las libertades municipales. Del cesarismo moderno es hijo legítimo el movimiento ascensional de la burguesía".

No, no cabe imaginar que el triunfo del comunismo implicará el fin de la historia. Siempre habrá un mañana diferente en el perfil del horizonte. Aunque el comunismo triunfase en todo el mundo, lo que es inimaginable, porque el hombre es variedad, infinita variedad, y es libertad y apetencia insatisfecha siempre de gozarla, y no gusta de su encadenamiento fáctico y espiritual, aunque el comunismo triunfase en todo el mundo —lo que me parece imposible— siempre habría un después diferente. En su seno se engendraría un sistema

ideológico y sociopolítico distinto. Y así como en las etapas sombrías del pasado de Europa pueden hallarse los gérmenes de los períodos que las siguieron en la Historia, siempre el historiador del futuro podría descubrir en las entrañas del comunismo el engendrarse de etapas históricas que le superarían.

¡El fin de la Historia! Sólo Dios puede conocer su hora. No es imposible que esté próximo; a menos que lo esté un cataclismo atómico provocado por la locura humana. Un cataclismo en el cual o desaparecerá la vida del hombre en el planeta o, a lo menos, la del hombre que ha guiado hasta ahora el curso de la historia. En otra parte he escrito que "En noches de pesadilla imagino en un futuro lejano excavaciones realizadas por arqueólogos negros o asiáticos, en tierras europeas o americanas, a la búsqueda de los restos del Partenón o del Coliseo, de la catedral de Compostela o de San Hilario de Poitiers, de Nôtre Dame de París o de la Pulchra Leonina, del Escorial o del Vaticano, de Jerusalén, Florencia, Londres, Moscú Nueva York". Naturalmente sufro tales alucinaciones por mi temor a que el uso de las armas nucleares ponga su fin, si no a la Historia en su conjunto, sí a la de los pueblos rectores hoy de su curso proceloso.

* * *

Homo historicus, al hombre de carne y hueso no le es lícito prescindir de la historia al examinar las claves de nuestro tiempo. Porque el hoy que vivimos, y aún el mañana que cabe avizorar, no pueden explicarse sino habido en cuenta el proceso histórico en que el presente se ha forjado. Pero para realizar esa indagación importa conocer hasta dónde penetran las raíces de la sociedad actual. Para ello, quizá, de-

bería trazarse una síntesis de la historia de Europa, creadora de valores universales y a la que el hombre actual debe la libertad de que goza hoy, a lo menos teóricamente. No puede prescindir, empero, de analizar, —quizá sería mejor decir perfilar— todo el curso de los tiempos nuevos. ¿Desde cuándo? Naturalmente desde el momento en que se inicia la etapa cuyas claves se intente examinar.

Es difícil dar un corte en la Historia por la desigual pero íntima trabazón de sus problemas al correr de los siglos. Insertos aún en una sociedad asentada todavía en el demoliberalismo, se puede elegir como inicial la dependencia de los Estados Unidos. De ella arranca, en verdad, la todavía vigente articulación sociopolítica nueva. Además, constituye aún el mar Atlántico el eje de la civilización actual y, como no podemos remontarnos aquí al descubrimiento de América en la búsqueda de las claves de la sociedad actual, no está mal elegido como punto inicial de nuestras indagaciones, el momento en que el nuevo mundo empieza a romper sus amarras con Europa, y el Océano se convierte en un mar interior de las dos facciones del mismo pasado histórico que, hasta hoy, han dirigido el curso de la Historia en nuestros días.

No podrán ser pocos los estudios destinados a conocer la historia contemporánea, porque muchas de las claves del mundo de hoy no pueden explicarse sino habidos en cuenta los grandes procesos históricos que llenan los dos siglos últimos de la vida de nuestra civilización. No ha sido protagonista durante ellos el papel de España y de los pueblos hispanoamericanos.

Ninguna etapa del ayer ha estado vacía de graves problemas históricos. Pocas los han

conocido quizá tan graves e incisivos como los dos siglos que han transcurrido desde la independencia de los Estados Unidos hasta hoy. Recordemos que se suceden enseguida la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, procesos que cambiaron la faz del mundo sacudiendo la ideología de Europa. Recordemos el conflictivo siglo XIX que se extiende desde las jornadas de la independencia de la América hispana y abarca las grandes empresas coloniales europeas, las revoluciones del 48, la guerra franco-prusiana y sus coletazos sociopolíticos, etcétera. Recordemos algunos de los nombres que jalonan esa etapa: Kant, Hegel, Marx... y los magnos avances de la ciencia y la técnica. Recordemos el triunfo de la burguesía y del sistema demoliberal que ese siglo presencia y la forja de las modernas nacionalidades.

La *Belle Epoque* dura, más o menos, cuatro décadas, y enseguida se suceden una tras otra las grandes catástrofes del siglo XX: la primera guerra mundial, la revolución rusa, el fascismo y el nazismo, la guerra civil española, la segunda gran guerra, la división de Europa bajo la doble hegemonía de los Estados Unidos y de Rusia, la pérdida de sus imperios coloniales por las potencias protagonistas de Occidente... Durante tales catástrofes, la ciencia y la técnica se ponen al servicio de las grandes locuras bélicas y de su secuela: la llamada "guerra fría". Y Asia —Japón, la India, China...— despierta de su letargo secular.

El tiempo histórico se ha acelerado en los tres cuartos de siglo transcurridos de esta trágica centuria, cuyos perfiles nunca habían sido siquiera imaginables hasta allí. Sí, la realidad ha superado rápidamente a todas aquellas fan-

tasías soñadas por nuestros predecesores en este pequeño planeta que habitamos. Las velocidades alcanzadas por los hombres en sus desplazamientos terrestres y celeste no han superado el aceleramiento de lo que podríamos llamar mecánica de la vida colectiva. Nada sorprende a nadie como perspectiva del futuro. Todo se espera y todo se teme en la aurora del mañana. Parecería que el mundo histórico empieza a girar tan velozmente como la Tierra donde el hombre alienta, como esta gran esfera, hábitáculo ya estrecho para los alocados hombres de hoy.

* * *

Ha terminado definitivamente la multinacional civilización que al caballo tenía como base del vivir humano. La mujer ha saltado del viejo señorío del hombre por ella incuestionado a lo largo de la historia. Se han realizado, o se temen, las más inverosímiles novaciones en la vida colectiva, y hasta en la vida humana, y se analiza y discute el mismo proceso de esta vida. Un frenesí de gozo sin reservas domina por doquier, como si se temiera el imposible perdurar de un hoy cuestionable y misterioso. Se han roto todos los milenarios frenos morales de la existencia humana. Parecen triunfar sin ninguna limitación los dos apetitos eternos del hombre. En cada esquina podríamos escuchar las frases clásicas de dos personajes benaventianos. Las palabras del señor Pantalón de los *Intereses creados*: "¡Mi dinero, mi dinero!". Y las del Rojo de *La Malquerida*: "¡Yo quiero mucho mando!". ¡El dinero y el poder! ¡, pero al instante y por cualesquier medios. He ahí las luminarias de la sociedad que siente vacilar el mundo bajo sus pies y no espera del mañana la prolongación de un placentero hoy.

Ha triunfado definitivamente la rebelión de las masas. Imponen la ley en las naciones que viven en un régimen demoliberal, y en las de signo comunista se finge gobernar en su nombre, pero en verdad todo se ha masificado bajo los jerarcas del Partido. Las masas pueden paralizar la vida política y económica en los países libres. En ellos han ganado definitivamente la batalla a las clases que hasta ayer los señoreaban o están muy próximas a lograr derrotarlas. El Estado suele incluso capitular ante ellas.

Las masas imponen determinados espectáculos, tras contagiar sus apetencias a los grupos burgueses. Ni sabios ni escritores juegan hoy papel protagonista en la mayor parte de los pueblos. Sobre las creaciones del espíritu triunfan las competiciones deportivas. Los estados gastan millones a fin de preparar grupos de atletas para los certámenes internacionales en los Juegos Olímpicos. Masas inmensas asisten a determinados espectáculos, incluso a algunos tan brutales como el boxeo; presencian otros soportando incluso lluvias y fríos en estadios repletos, y de tal manera atraen los entusiasmos de las turbas que los futbolistas y los boxeadores ganan sumas fabulosas que centuplican a veces los sueldos de los más famosos investigadores y los ingresos de los escritores más notables. Se ha llegado al vergonzoso tráfico del hombre. Los organizadores de los partidos de fútbol compran —sí, compran, aunque escandalice la palabra—, compran en millones a jugadores afamados. Y es notorio que tales compras no asombran a nadie; son toleradas por los mismos atletas como normales y no reprobables y son, incluso, aplaudidas por los más.

Gran contraste entre esa degradación que el triunfo de las masas produce y las exquisi-

teces de los filósofos y de los prosistas minoritarios y de los hombres de ciencia que tan alto han llevado el nivel de las creaciones espirituales de hoy. Eterna oposición, más acentuada ahora acaso que jamás. Dicotomía irreal si no fuese auténtica. Las minorías están llevando adelante la nave de la vida colectiva. ¿Divorcio irremediable? Permítaseme romper no una, sino muchas lanzas, por esas minorías que han hecho maravillas en el curso de cien años, que siguen hoy haciéndolas y que continuarán haciéndolas mañana.

No ha habido en la historia un grupo humano tan capaz y aún tan genial como la burguesía contemporánea; sí, nunca ha habido un grupo tan emprendedor e inteligente como ella. La humanidad le debe cuanto constituye su patrimonio intelectual. Sus más variadas empresas han cambiado la faz del mundo y han provocado el ascenso de la vida humana al nivel alcanzado hoy por ella. Es frecuente lapidarla con acusaciones de egoísmo y estulticia. Confío en que perdurarán las más de sus creaciones y que la Historia le hará justicia mañana. ¿Mañana? Quizá mañana no. No soy optimista sobre la perduración del régimen demoliberal, eje político de la vida burguesa contemporánea. Le han dañado enormemente los ensayos dictatoriales del fascismo y del nazismo. Y ha sido en parte porosa a las ideas de sus victimarios comunistas. A veces me auguro a mí mismo un mundo chato y pobre y degradado bajo el látigo de la llamada dictadura del proletariado. La cultura —¡cuidado!, no la confundamos con la ciencia y la técnica— requiere un clima de libertad política y de respeto a la iniciativa individual proyectada en desigualdades humanas. Quizá las masas altas de la burguesía han sido demasiado impermeables y cerradas a sus posibles y fecundos

cambios. Pero, ¿no podría salvarse la libertad espiritual con una socializante eficaz vacuna preventiva? Los pueblos libres tienen que elegir entre la cultura y la libertad, de una parte, y la dictadura y la degradación, de la otra.

Algunos, envenenados ya por el virus comunista, alegan los grandes avances de la ciencia y de la técnica en los pueblos sojuzgados por Moscú o por Pekín. Pero insisto en la diferencia dos veces registrada. Bajo regímenes tiránicos han podido florecer a través de milenios la ciencia y la técnica. Parecerían compatibles con la vida ancilar del hombre. Podría citar muchos ejemplos. Quiero sólo aludir a los inventos antañones de los pueblos sojuzgados por el látigo de los déspotas islamitas. Pero esa maravilla que es la cultura; esa maravilla que es el cubilete libre de las ideas; los hallazgos de nuevas formas de pensar en procura de la explicación del mundo y de la vida; los ímpetus creadores en ruptura con la rutina del ayer; los goces del pensamiento y de la creación artística... requieren un clima de libertad espiritual y política, incompatible con lo chato y gregario de la dictadura de las masas.

El avance creador requiere en la historia el libre vuelo del pensar y el libre juego del obrar. La historia ha ido haciéndose y seguirá haciéndose en la búsqueda libre de nuevos pensamientos, de nuevas teorías, de fracasos y de éxitos, en el torrente de la mente en libertad, horra de miedos, de limitaciones y de castraciones espirituales. Y así seguirá haciéndose mañana.

¿Mañana? Quizá no mañana, en un futuro cierto aunque aún misterioso. En un quizá lejano mañana si triunfa el comunismo en el mundo. De su seno saldrá ese luminoso futuro ¿Pero no podríamos ahorrarnos los días o los

siglos sombríos? ¿No surgirán mentes elevadas que venzan esas posibles sombras y preparen el trampolín para saltar, por encima del mañana amenazante y sombrío, a un pasado mañana en el que el alma humana pueda seguir su multimilenaria navegación hacia la luz y hacia la libertad? ¿No podrán la siempre fecunda Europa y su hija legítima América parrear una sociedad horra de las limitaciones que ensombrecen el horizonte?

Creadora de valores universales y forjadora de la sociedad libre ha sido Europa. ¿Por qué no podrá seguir siéndolo? ¿No podrían los cerebros europeos a quienes el mundo debe maravillas, con los que el mundo tiene una herencia no saldada, no podrían las mentes europeas evitar a la humanidad una nueva Edad Media? *Ellos resucitarán —Sie werden aufstehen—* se leía en el monumento alzado en Munich a los muertos de la primera gran guerra. El mundo, es decir, el hombre resucitará inexorablemente al hallar en un futuro imprevisible su vieja senda milenaria. Pero quizá tras un milenio de sombras. Rogamos al Altísimo que nos evite este oscuro bache histórico.

No esperemos, empero, el milagro. Querer es poder. Anticipémonos al peligro. Toreemos al Mihura de la posible crisis. Como he dicho y redicho, no creo en el total y permanente triunfo del comunismo en el mundo. El hombre proseguirá siempre, siempre, siempre su lento caminar hacia su total integración en una vida libre; proseguirá su navegación multimilenaria hacia su perfección espiritual y fáctica. Pero seamos conscientes de la imperiosa necesidad del cambio inmediato y profundo. No nos dejemos sorprender por la marejada. Busquemos inteligentemente la ruta. ¿Dictadura? ¿Democracia? Elijan superando. No nos deje-

mos engañar por el *ritornello* que se escucha hoy a diario en nuestra Patria. Nadie puede discutir la precisión del hombre de vivir libre para realizarse como tal. Pero clamar por un demoliberalismo no es, empero, sino abrir el portón de nuestra historia, de la historia que sigue su vieja singladura y se proyecta en irrefrenables novedades. La burguesía de los dos siglos últimos ha hecho su camino y no puede sobrevivir embalsamada.

En la sociedad burguesa actual hay, sí, mucha escoria pero junto a partes dinámicas y vitales que deben perdurar. En otra parte he escrito que el socialismo triunfó en un pueblo sin burguesía, en un pueblo de esclavos como Rusia. Si hubiese arraigado en naciones articuladas en una sociedad burguesa y regidas por regímenes demoliberales, Europa y al decir Europa no pienso sólo en ella —Europa ha sido y es guía del mundo— habría encontrado la senda que ahora le es difícil hallar por per-versión —¿irreversible?— de la realidad histórica. Marx pensó, siempre, que sus teorías triunfarían en países libres y con una fuerte organización capitalista. Se engañó como en otras muchas ideas, esperanzas, predicciones y augurios. Y hoy hay que superar una doble barrera y una doble contorsión. No es ello, empero, imposible. El toro embiste al trapo rojo y el hombre debe torear la fiera del difícil porvenir.

* * *

¡Civilización de consumo! ¡Economía dirigida! ¡Economía social de mercado! ¡Inflación! “*Cuiden otros del gobierno del mundo y sus monarquías*”, me atrevo a decir parafraseando a Góngora, para declararme ingenio lego en esas intrincadas cuestiones de las que sólo sé

lo que no puede ignorar un hombre dedicado íntegramente a los estudios históricos. ¿Me será perdonado que tome la voz de la Historia —colosal atrevimiento— para “*echar mi cuarto a espadas*” en estos problemas, y empleo de propósito la frase vulgar subrayada a fin de hacer notoria la insignificancia de mis reflexiones.

¿Inflación? Voy a escandalizar al escribir que “la historia es la historia de la inflación”. Perdón, pero no sé decir de otro modo que la inflación es tan vieja como la vida histórica del hombre. No me costaría esfuerzo trazar el pasado de la inflación en nuestra Patria. Prescindiendo de los tiempos lejanos del señorío de Roma y de la monarquía visigoda, durante los cuales también conoció España esa gangrena histórica, inflaciones y devaluaciones pueden documentarse entre nosotros desde los días de Alfonso el Casto (791-843). He ahí un libro a escribir: el curso de ese proceso a través de los siglos, desde el VIII hasta hoy. Yo no lo escribiré jamás; invito a los colegas españoles a escribirlo. Sólo quiero hacer notorio aquí que la inflación contribuyó al nacimiento de las Cortes Castellanas, al filo del 1200. E invito a todos a recordar el pasado triste del maravedí que empezó siendo en el siglo XII una moneda de oro, no mucho menor que el Mejicano de hoy, y acabó desapareciendo en el siglo XIX porque la inflación le desvalorizó por entero en el curso de sus siete siglos de historia.

¿Inflación! Sí. ¿Contenible? No sé. ¿Universal? Tal vez. Que los financistas de hoy no olviden, para no desesperar, esa afirmación que ahora repito: “La Historia es la historia de la inflación”. Quizá, si nuestros hacendistas tienen en cuenta esta realidad histórica podrán mirar el presente con menos pesimismo. Quien

escriba la historia de la inflación española habrá de reconocer que siempre, siempre, siempre se ha producido porque las instancias centrales del Estado siempre, siempre, siempre —repito el tríptico— han gastado en España —y quizá en el mundo— mucho más del monto de los recursos fiscales de que disponían. ¿Guerras exteriores? ¿Conflictos intestinos? ¿Exigencias de salarios más altos por quienes podían presionar al gobierno de turno? Tenemos testimonios de cómo los chacales de la aristocracia feudal exigían —así, exigían— de la débil realza castellana, al filo del año 1300, nuevos y nuevos aumentos de soldadas. Hoy, no cuentan esos viejos magnates pero hay nuevas tarascas que devoran los recursos nacionales y las hay en todas las clases sociales, sí, en todas.

Gran problema, eterno problema, ¿insoluble problema? Quien ha gastado más de lo que poseía se ha arruinado siempre, desde el Paraíso terrenal —¿ha habido alguna vez un Paraíso en este valle de lágrimas?— hasta hoy. No lo olvidemos. La Historia es la historia de la inflación. Y lo peor del caso es que, seguirá siéndolo.

¿Economía dirigida! Reitero la poética inhibición gongorina y reitero mi ignorancia en cuestiones económicas y financieras. Pero vuelvo a atreverme a traer a capítulo a la historia para ayudar, desde fuera, a los sabios conocimientos de los especialistas. Llamo su atención sobre el repetido fracaso de los ensayos de economía dirigida a través de los siglos. He ahí otro tema que brindo a mis colegas jóvenes: la historia de los fracasos en los intentos de manipular la economía desde las alturas del poder. No voy a intentar registrarlos. Quiero, empero, aludir a dos muy notorios y muy apar-

tados en la geografía y en el tiempo. Al fracaso del ensayo de economía dirigida realizado por Diocleciano a comienzos del siglo III de Cristo —me importa declarar que no fue el primero que no tuvo éxito— y al también fracasado intento, muy inteligentemente concebido pero que tampoco consiguió detener la crisis económica de Castilla —aludo al llevado a cabo por Alfonso X el Sabio, a comienzo de la segunda mitad del siglo XIII—. A este fracaso he dedicado la atención en mis “*Ensayos de Historia de España*”. Y es a todos notorio que el gobierno comunista de Rusia, no obstante su inmenso y no discutido poder y su falta de escrúpulos y la servidumbre temperamental y forzosa de los rusos, no ha logrado evitar que el Kremlin deje de importar, incluso, carne y trigo, a más de muy diversos productos manufacturados.

¿Economía dirigida! *Cuiden otros del gobierno del mundo y sus monarquías...* repetidos fracasos a través de la historia y hasta hoy. Es difícil poner puertas al campo. Lo es también manipular con éxito los problemas siempre difíciles y quizá siempre misteriosos de la vida económica. Acaso ha fracasado siempre el dirigismo económico porque limita drásticamente la iniciativa individual de los ciudadanos, castrando las posibilidades que brinda el humano ímpetu de acción y la personal apatencia diaria de los hombres por mejorar su *status* de vida.

¿Civilización o economía de consumo! ¿Cuántas diatribas ha merecido de algunos tratadistas! Torpe calificativo además, a lo que me parece seguro. Todo régimen económico ha tendido en la historia a satisfacer las viejas necesidades de la sociedad su contemporánea y a crear otras nuevas para proseguir, en rumbo

ascendente, el desarrollo de la vida industrial y comercial. Pero, ¡cuánto debemos los hombres de hoy a la magnitud del esfuerzo de los industriales, banqueros y comerciantes contemporáneos! ¡Qué enorme trueque ha sufrido la vida del hombre medio de hoy! La historia —otra vez la historia, siempre la historia— está ahí brindándonos fáciles y mágicos paralelos entre nuestro diario existir y el de nuestros predecesores. Un burgués medio de nuestros días goza de mayores comodidades que los aristócratas de ayer. Y de su nivel hacia abajo, la diferencia es aún más notoria. La civilización de consumo (?!) ha liberado —así, liberado— de su cuasi servidumbre a muchas, a muchísimas masas que vivían de su duro trabajo en casas de *amos* no siempre benévolos o de su trabajo, al cabo humillante, en la labranza de tierras de un *amo*; y he subrayado dos veces la palabra intencionadamente. La civilización de *consumo* con el magno desarrollo de la vida industrial y comercial por ella creado, ha aumentado el número de los obreros libres y ha dignificado su *status*. Ha provocado, en verdad, una revolución insospechada e insospechable en las centurias pretéritas y ha brindado comodidades inimaginables hace un siglo. Ha permitido, sí, la formación de grandes fortunas pero esos privilegiados naufragan ya, y naufragarán aún más mañana, en el océano de las reivindicaciones de las masas trabajadoras en el campo y en las ciudades. Si comparamos la habitación, el traje y las comidas de los obreros y campesinos de ayer y de hoy, ¿no nos sentiremos agradecidos a la civilización de consumo? Hoy, los peones de labranza y los guardas de las dehesas tienen automóviles en muchas tierras de España. ¿Son más felices que sus padres y sus abuelos? No sé; sí sé que la vida, a veces infrahumana, que ellos padecían ha dejado paso a una existencia aburguesada.

Algún rey de Francia hacía acostar en su cama a algunos de sus criados para que se la calentaran antes de que él entrase en ella. Escena turbadora, síntoma de la aspereza general de la vida pretérita. Hoy, debemos a la ¡civilización de consumo! el salto dado en el vivir diario. Quizá, alguien alegue que esa mejora no compensa las dificultades de las masas obreras. La civilización de consumo ha dado al menos una esperanza a los peor dotados: la esperanza de que se estrecharán aún más las diferencias que les separan de los otros.

* * *

Hay muchos contemporáneos que se irritan, noblemente, ante las injusticias de las sociedades actuales de Occidente, ante la desigual posesión de la riqueza por los hombres y ante la disparidad de las posibilidades de los mismos en el vivir diario. Y que consideran que la reparación de ese desequilibrio y el triunfo de la igualdad de los ciudadanos debe primar sobre toda otra idea en la organización de las naciones. Antes de la libertad está, según ellos, la justicia, es decir, la reparación de la injusta desigualdad en el goce de los bienes materiales. No puedo acompañarles por entero en sus juicios. No negaré yo la precisión de romper las barreras que apartaron ayer, y apartan hoy, a ricos de pobres y de llegar a una mejor distribución del capital. Es idea que he apuntado en *Mi testamento histórico-político*. Pero, ¿hay alguna riqueza mayor que el libre caminar de la mente proyectado en la libertad de pensamiento, de palabra, movimiento, de ejercicio de todas las perspectivas que se ofrecen al hombre en la plenitud de su diaria existencia?

Imaginemos lo imposible; que, triunfante la justicia social sobre la libertad, se llegase a

organizar una sociedad de hombres iguales en sus ingresos y en sus medios de vida. Si por espíritu de equidad distributiva priváramos a esos hombres de su libertad, les habríamos deshumanizado. Porque les habríamos despojado de la posibilidad de realizarse de modo pleno, al estrangular su capacidad creadora, suprimiéndoles la eterna humana apetencia de ascender en la escala de la vida mediante el libre ejercicio de su personal iniciativa, en busca de un mañana mejor; en busca de un *status* más alto y pleno y no sólo en la satisfacción de las necesidades materiales, sino en la vida del espíritu. Encadenada su libertad, se estancaría en ellos el libre vuelo del pensar y, por ende, el desarrollo de las creaciones culturales. El pueblo *favorecido* por la realización de esa implacable justicia igualitaria quedaría anclado en un presente aprisionante y estático.

Sin libertad no puede, además, haber justicia. La misma idea de la nivelación de las diferencias sociales no podría haber surgido, ni podría realizarse, sin el previo disfrute por los hombres de su libertad plena, y no podrían perdurar si la perdieran. Defendamos, ante todo y sobre todo, la libertad humana. Sólo en una sociedad articulada sobre el goce de todas las libertades, podría avanzar la humanidad en la senda que viene recorriendo durante milenios.

Si las gentes supieran historia podrían apreciar lo colosal del camino que ha seguido el hombre en la paulatina mejora de sus condiciones de vida y en la igualación de su *status* social. Sin remontarnos demasiado lejos en el ayer histórico, no vacilo al afirmar que sería grande la sorpresa de un senador romano, de un poderoso señor de la Europa feudal, de un noble magnate contemporáneo de Carlos V o

de Felipe II, de un marqués de la Francia de los Luises e incluso de un burgués rico de hace un siglo, que de pronto volviese a la vida en estas horas finales del XX que parecen ominosas e insufribles a muchos cuyos conocimientos históricos son nulos. Todos esos hombres del ayer más o menos remoto, hallarían un mundo en el que los suyos habrían sido despojados de sus privilegios y habrían sufrido un gran achatamiento en su nivel de vida. Y otro tanto ocurriría en los próximos siglos a quienes, de las clases a la sazón directrices, se enfrentarían con la sociedad actual. A tal punto es irreversible el proceso hacia la igualación social de los moradores en la tierra. Podría, empero, ocurrir que esos imaginarios futuros escrutadores de un su ayer —es decir, del hoy en que vivimos—, se asombrasen de la libertad de que gozamos los hombres de ahora porque la hubiesen perdido los de ese supuesto e hipotético mañana.

"*Siempre han tenido pico las ocas*", dice un conocido proverbio, y *siempre lo tendrán*. Sueñan, ingenuos, quienes noblemente creen en la posible igualdad de los hombres, en una luminosa sociedad futura, y se engañan en sus esperanzas quienes dicen batallar por ella pero que hipocritamente ocultan la clave de su combate: el llegar a ser ellos quienes gobiernen en esa nueva articulación social.

Cambiarán de manos la riqueza y el poder y las riendas del mundo. Ya han cambiado muchas veces en el ayer lejano y en el próximo —¿qué queda hoy, por ejemplo, de la inmensa riqueza y del inmenso poder de la Iglesia medieval?—. Pero no se llegará de modo perdurable a la imposible perpetua igualdad de los seres humanos, a su total igualación y no sólo en el goce de los bienes del espíritu, sino

en el disfrute de los bienes materiales. El siglo XXI presenciara, sin duda, otro avance más hacia el goce de la vida espiritual y material por masas mucho más numerosas que las que hoy disfrutan relativamente de ellas, y muchísimo más innumerables que sus predecesoras de los siglos pasados. La justicia divina y humana empujan al hombre en su eterno navegar.

Pero, ¡cuidado!, ese avance ha sido y es paralelo al que ha ido ampliando el disfrute de la plena libertad a grupos humanos cada vez más amplios. Hegel definía así ese avance: "Un hombre libre, muchos hombres libres, todos los hombres libres". Todavía está muy lejos la realidad de la última etapa registrada en el trinomio hegeliano. Hay aún muchos hombres que a la hora de hoy no son enteramente libres. Abundan ellos en los países comunistas y en los países ayer coloniales de Asia y Africa; en unos y en otros sólo son de verdad libres —y ello, como dirían en Buenos Aires, "hasta por ahí nomás"— las minorías o los déspotas que detentan el poder. Sí, la gran navegación está aún inconclusa. A veces parecería que el barco sagrado habría vuelto su proa hacia el ayer, cuando, tras los avances históricos y geográficos del régimen demoliberal, dictaduras de corte fascista o comunista o algunos —a veces muchos— tiranos han torpedeado los magníficos avances del ayer.

Pero no, Dios está ahí empujando la nave de la libertad hacia el futuro. ¿Justicia aún con pérdida de la libertad? No, libertad y justicia hermanadas para que el hombre pueda seguir siendo hombre y no caiga en una nueva esclavitud. Pero precediendo siempre en esa hermandad la libertad como piloto del avance milenario.

* * *

Otro problema está ya planteado a la sociedad del futuro. Aludo al que constituyen los países hasta ayer coloniales. Me inquietan más, naturalmente, pues soy un español que vive en Argentina, las cuestiones relativas a los viejos pueblos de Europa y a los nuevos de América, pero nadie puede hoy olvidar los atañentes a los que suele llamarse, aunque no con demasiada razón, Tercer Mundo —yo diferencio cuatro mundos—. Están esos pueblos empezando su camino, con milenario retraso frente a los que han tenido y tienen aún el liderazgo de la humanidad.

Ante los ojos de Dios y de todo cristiano no hay jerarquías entre los pueblos. Es seguro que el Altísimo, en su infinita misericordia, verterá particularmente su Gracia sobre los más desdichados, y todo creyente debe concederles ayuda y atención. Tienen toda mi simpatía sus esfuerzos por liberarse de la miseria y de la incultura, tras haberse liberado de sus colonizadores. Pero nadie podrá negar que están en ellos muy tiernas sus raíces en la Historia para que puedan equipararse con las viejas naciones que han creado la civilización, y siguen contribuyendo a su progreso técnico y científico a la hora de hoy.

Los pueblos del Tercer Mundo están muy en el inicio de su ascensión histórica por la disparidad de su hábitculo frente al de los europeos de ayer y de hoy; por su situación marginal en relación a la cuna de la civilización; por la diferenciación racial que les aparta de nosotros, con muchos milenios de vida a nuestras espaldas; y por la naturaleza de la misma colonización que han padecido, tan diferente de la española en estas tierras de América. Su independencia no ha sido, además, como la de los americanos, obra de criollos, como tales insertos en la vieja civilización.

Se les brinda hacia el mañana un camino difícil pero llegarán, sin duda, lejos. No deben impacientarse ni desesperar, y son injustos al arremeter contra sus civilizadores. La historia ha ido conociendo el lento avance geográfico de las creaciones del espíritu, de unos pueblos a otros. Son muy pocos los que no han sido alguna vez colonizados. Lo fueron en su día los países del Occidente europeo por las gentes del seno oriental del Mediterráneo. Y recibieron también creaciones culturales foráneas, incluso Rusia y los Estados Unidos, las superpotencias de hoy. Pueblos en un estadio cultural muy bajo han conseguido, gracias a esas colonizaciones y trasplantes, ascender en la Historia y crear civilizaciones a veces esplendorosas. Me atrevo a decir que esa ha sido la gran aventura del *homo historicus*: crear complejos culturales diversos como resultado de la transformación inteligente de los préstamos o adopciones de ideas, técnicas, prácticas, ensayos de pueblos vecinos o lejanos, y transmitir después su propia civilización a otras comunidades nacionales en un estadio de vida inferior por su situación geográfica marginal y su menos favorable hábitculo.

Benéfica lluvia cultural ha recibido en el curso de los dos siglos últimos el Africa negra que hoy integra el llamado Tercer Mundo. Y vuelvo a subrayar lo injusto, a mi juicio, de ese calificativo; no pueden equipararse el Africa negra y el Asia creadora de viejas civilizaciones. Esa inmensa masa humana empieza a vivir a la luz de la vida del espíritu. Pero el hombre mediterráneo primero, el europeo luego, y el americano después, le llevan milenios o siglos de ventaja. En gran parte como regalo de Dios, y quiero aludir a las desigualdades climáticas y geográficas que han apartado y aventajado al hombre blanco sobre los otros pue-

blos. No puede, por todo ello, esperarse a la hora de hoy ni siquiera que las gentes situadas al sur del Sahara se acerquen política y culturalmente a sus colonizadores de ayer. Mal que les pese a las nuevas naciones, las viejas llevarán por siglos la batuta.

Iguales ya, ante la ley internacional, respecto de las naciones de Occidente, ¡cuántas diferencias les separan, empero, de ellas en la realidad de la vida y de la cultura! ¡Cuántas diferencias apartan a los súbditos de Su Graciosa Majestad Isabel II de Inglaterra, o a los ciudadanos hoy presididos por Giscard d'Estaing, de los sojuzgados —no empleo en vano esta palabra— por los tiranuelos africanos! Como los hombres todos van ascendiendo poco a poco por los peldaños de la vida, así también pueblos ayer nacidos a la libertad y a la cultura tienen que ascender, paso a paso, por la difícil escala de la civilización.

Sus problemas y los de algunos pueblos de Asia constituirán, por décadas, quebraderos de cabeza de los hombres de nuestro tiempo y del futuro. Porque aún conscientes de su inferioridad gallean altaneros en los cónclaves internacionales, pretenden incidir e inciden, en verdad, en la marcha de los pueblos con milenios de civilización a sus espaldas; quieren ascender de prisa, muy de prisa, en la escala de la Historia.

Y ponen en peligro el mañana de las viejas naciones —el desaforado aumento en el coste del petróleo ha provocado una grave crisis en Europa—. No se dan cuenta de que la libertad y la cultura de los pueblos de Occidente y de América son la mejor salvaguarda de su propia independencia cultural y política y de su no interrumpido ascenso histórico. La caída en las

sombras de las viejas naciones les volverá a su vieja etapa colonial, sometidos a la superpotencia comunista, que no se ha distinguido, ni se distingue, por su respeto a la libertad de los pueblos. No se dan cuenta de que caerían bajo la férula de Rusia que sería mucho más tiránica con ellos que los pueblos de Occidente.

A evitarlo deben éstos colaborar ayudando generosamente a esos africanos del sur del Sahara, vinculándose de modo cuerdo con los asiáticos de viejas civilizaciones y, a veces, de gran desarrollo técnico, colaborando inteligentemente con las naciones de religión islámica —es inexacto llamarlas árabes, porque en su mayoría no lo son—, alentando la liberación de las sojuzgadas por el Kremlin y acechando la pugna, quizá a la larga inevitable, entre los dos colosos, Rusia y China. ¿Sería esa tremenda hipotética batalla la ocasión de un giro decisivo en la vida de la sociedad comunista europea hacia la libertad?

* * *

Pero "Con la grande polvareda perdimos a Don Beltrane". Me he dejado embalar por reflexiones en torno a problemas que me preocupan intensamente y he marginado un poco "las claves de nuestro tiempo". Me tortura la angustia al considerar los peligros con que el futuro nos amenaza. Veo al mañana con ojo inquieto y con temor creciente. Y no sólo en España; en el mundo. Esa angustia ante el giro sombrío que temo pueda dar Europa, prima en mí sobre la consideración y el comentario de las claves de nuestro tiempo.

Yo no puedo, empero, vencer mi temor a que el hombre pierda por largos siglos "la

más preciada joya que en el mundo existe”, como Cervantes definía la libertad. Esa pérdida no podría ser compensada por los más asombrosos avances de la ciencia y de la técnica. Los viajes espaciales, los triunfos de la medicina y de la cirugía, la comodidad creciente en el vivir diario, la satisfacción de los más varios apetitos, el goce de ocios y lecturas... todo cuanto puede ser calificado como regalo de los dioses —y trazo un cuadro idílico que contrasta con la realidad moscovita o china— no podría compensar al hombre la pérdida de su libertad espiritual, política, fáctica...; del derecho a disponer de sus destinos; de elegir a su grado los llamados a regirle; de habitar donde le venga en gana y sin limitaciones, ni trabas, ni fronteras; de hablar y de escribir libérrimamente... Un superhombre que pudiera enorgullecerse de haber arrebatado a los dioses del Olimpo secretos y poderes, sería un pobre hombre si se convirtiese en miembro de un rebaño o de un hormiguero, regido y explotado por quienes habrían logrado acaballarse como domadores de la sociedad nueva; sometido a la tiranía de unos jefes que disfrutarían del poder absoluto so capa de liberadores.

¡Sombria y cruel perspectiva! ¿Cruel? Sí, no escribo al azar esa palabra. ¿Cabe mayor crueldad que la de convertir al hombre en un *robot*?

Vuelvo a invocar el auxilio de la divinidad. ¡Señor! Tú que eres la infinita libertad y creaste al hombre libre y responsable y le diste poder para ir señoreando la tierra y las esferas, para ir descubriendo los secretos de la Creación y para, utilizándolos, ir saliendo de sus torpezas primitivas; Dios y Señor y Padre Nuestro que, incluso, sacrificaste a tu Hijo para atraer al hombre a tus caminos, escucha mi oración; libéranos del sojuzgamiento y la degradación, y consérvanos el más maravilloso regalo que debemos a tu infinita generosidad: el de ser libres, libres incluso para negarte e insultarte. Ayúdanos, Dios Nuestro, a quebrantar las murallas de las desigualdades humanas y de la explotación del hombre por el hombre —todos somos tus hijos— y sálvanos de perder la libertad. La libertad que no implica el derecho a revolcarnos en la inmundicia de la lujuria y la depravación, sino el de realizarnos como nos creaste, a tu imagen y semejanza.